

6. Enamorarse de Cristo

Nuestro verdadero interés es ser salvados por Jesucristo. Pero, ¿debemos esperar siempre a ahogarnos en el mar para darnos cuenta de ello, para pedir y recibir la salvación de Jesús? ¿Debemos realmente decidarnos a perder nuestra vida por Él sólo cuando la perdemos en un momento dramático y trágico, como cuando estamos enfermos, moribundos, cuando lo perdemos todo? Pero entonces, ¿qué libertad tenemos para perder nuestra vida por Cristo? ¿Es realmente cierto que no podemos darla por nuestra cuenta? Por ejemplo: ¿debemos esperar entrar en un monasterio sólo cuando todo falle, cuando todo se derrumbe? Es cierto que en épocas dramáticas de la historia las vocaciones aumentan, como después de la segunda guerra mundial, pero en realidad no siempre es así (la pandemia, por ejemplo, no está dando más vocaciones), y no es bueno que sea así, porque significaría que las vocaciones son fruto de la decepción, del miedo, y no de un impulso libre de amor a Cristo.

En realidad, ¿cómo surgen las vocaciones para dejarlo todo por Cristo en el Evangelio?

En Mateo y Marcos, la llamada de los primeros discípulos sigue inmediatamente a la escena que describe a Jesús que, tras su bautismo y las tentaciones en el desierto, recorre Galilea diciendo: “Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,15; cf. Mt 4,17). A lo largo del Mar de Galilea, Jesús ve a Simón y a Andrés, luego a Santiago y a Juan, todos ocupados en su trabajo de pescadores. Les llama: “Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres” (Mc 1,17; cf. Mt 4,19). Lo dejan todo y le siguen. En Lucas, la llamada va precedida de la subida de Jesús a la barca de Simón para predicar a la multitud, y luego les pide que se hagan a la mar y echen las redes. Simón señala que han trabajado toda la noche sin pescar nada, pero ante la palabra de Jesús, que quizá le fascinó mientras escuchaba su predicación, acceden a hacerlo y la red se llena de peces. Pedro no se siente digno de este milagro, de estar cerca del Señor, pero Jesús le corta el rollo y le llama: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres” (Lc 5,10). Entonces los discípulos, “sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron” (Lc 5,11).

Volvamos a la pregunta que hice antes: ¿cómo surgen las vocaciones para dejarlo todo por Cristo en el Evangelio? ¿Cuál es la razón por la que estos hombres, jóvenes pero ya maduros, porque trabajan, tienen un negocio de pesca, casi todos están casados, tienen una casa (la de Pedro todavía se puede visitar hoy en Cafarnaúm, y ciertamente era una casa preciosa), cuál es la razón por la que lo dejan todo para seguir a Jesús? El Evangelio no menciona ninguna cualidad particular en ellos, salvo la de ser pescadores, pero para ser pescadores de hombres no creo que sea necesario ser pescadores de peces, tanto que los demás apóstoles Jesús los elegirá también de otros oficios. No, no fueron principalmente sus cualidades o características las que determinaron su seguimiento de Jesús. Entonces, ¿qué lo determinó? El Evangelio es claro: *Jesús mismo, su persona fue la única razón que los impulsó a seguirlo.*

Cualquier otro que les hubiera dicho: Seguidme, no lo habrían dejado todo y le habrían seguido. Jesús, en cambio, no les ordenó que le siguieran: les invitó, les propuso que le siguieran, pero, como hizo después el joven rico, no estaban obligados a hacerlo, no tenían que seguirle. Simón, Andrés, Santiago, Juan, luego Felipe y Natanael, después Mateo y todos los demás apóstoles y discípulos, incluyendo mujeres como María de Magdala, Juana, Susana, etc., siguieron a Jesús por Jesús, por Él. No le siguieron por ganar algo, como los muchos peces de la pesca milagrosa, porque incluso esos muchos peces les dejaron allí, con la barca, los trabajadores, sus familias, todo. Se deja todo para seguir a Cristo sólo si, al menos en el deseo, Cristo lo es todo para nosotros, sólo si Él, y sólo Él es la razón y el propósito de seguirle. Los discípulos renuncian inmediatamente a sus propios intereses para buscar los de Cristo, impulsados por la misteriosa atracción de su persona.

En la experiencia humana, ¿qué lleva a alguien a renunciar a sus propios intereses por los de otro? El impulso más poderoso es el amor, como el enamoramiento entre un hombre y una mujer, o el amor de los padres por su hijo. En estas experiencias de gran amor, el simple hecho de que la persona amada esté ahí, exista, justifica cualquier renuncia por ella. El amor lleva a sentir los intereses del otro como más importantes que los propios. Sólo que, en la experiencia humana, a menudo uno se apropia con el tiempo del interés del otro convirtiéndolo en su propio interés, hasta el punto de ser egoísta. Uno se vuelve celosamente posesivo, lleno de pretensiones, de búsqueda de ventajas, incluso hacia un ser querido o los propios hijos.

Esta tendencia, que nace en nosotros del pecado original, no perdona ni siquiera nuestra relación con Jesús y nuestra vocación. Si al principio seguimos a Jesús sólo porque nos sentimos atraídos por Él, y estamos dispuestos a perderlo todo por Él, con el tiempo, como hicieron los propios apóstoles, empezamos a calcular el retorno de nuestro seguimiento, de nuestra renuncia, de la misión por Cristo que hemos recibido. Algo así como cuando Pedro le pregunta a Jesús: “Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?” (Mateo 19,27). Jesús promete el céntuplo de todo lo que se ha dejado y la vida eterna, pero reitera que esta recompensa es para los que persisten en la renuncia y, en Marcos, añade que la recompensa del céntuplo va acompañada de “persecuciones” (Mc 10,30). ¿Qué significa esto? Que no podemos permanecer en el seguimiento de Cristo por otra razón y con otra fuerza que su misma presencia y nuestro amor por él. Al fin y al cabo, el propio Pedro no siguió realmente a Jesús de forma totalmente desinteresada, es decir, buscando sólo los intereses de Jesús, hasta después de Pentecostés, con el poder y el amor que le dio el Espíritu Santo. Y si esto fue necesario para él, el primero de los apóstoles, ¿qué necesario debe ser para nosotros! Ya veremos cómo.